



Memoria Académica

compartimos lo que sabemos

UNLP-FaHCE

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

**“Argentina en el escenario latinoamericano actual:
debates desde las ciencias sociales”**

**VII Jornadas de Sociología de la UNLP
La Plata, 5, 6 y 7 de diciembre de 2012**

**Mesa 12: De la Revolución Libertadora al Menemismo:
lucha de clases y conflictos
políticos en Argentina (1955-1989)**

“Nacimiento del Clasismo Sindical”

Ingrid Salomé Vera¹

Resumen:

El tema que hemos elegido para nuestra ponencia es el nacimiento del clasismo sindical. El mismo será observado y analizado desde la provincia de Córdoba, luego del Golpe de Estado de 1955. El exponente máximo de esta corriente político-sindical es Agustín Tosco, líder del sindicato de Luz y Fuerza, como él han surgido distintas expresiones sindicales que convergen o suplantán expresiones políticas.

El sindicalismo, luego del Golpe de Estado, se encuentra frente a una situación desconocida, ya que debe resolver problemas políticos que antes se relegaban a los partidos. El cambio implica la imposibilidad de seguir manteniéndose dentro del aspecto puramente administrativo, esto es, abandonar su lugar de burócratas sindicales. Los trabajadores de 1945 encontraron en Perón, el 17 de octubre, la expresión de su unidad como actor político; sin embargo bajo el nuevo contexto dicha unidad se ve trastocada, dando lugar al nacimiento de un conjunto basado en lazos horizontales. Es decir, las decisiones se encontraban fuera de ellos en un líder externo y en esta situación política resurgen en el interior del movimiento obrero los nuevos dirigentes que analizaremos.

Introducción

¹ Licenciada y Profesora en Ciencias de la Comunicación (UBA)
ingridsalome@yahoo.com.ar

En este trabajo concebimos que el clasismo sindical parte de una postura democrática y participativa en el sentido amplio, esto es la participación no sólo a través del voto sino también en la toma de decisiones y la propuesta de soluciones o de nuevos problemas. Retomamos la definición de José Gabriel Vazeilles, donde se entiende al clasismo sindical en tanto “(...) *nuevas corrientes del movimiento obrero que buscaron diferenciarse del sindicalismo peronista, objetando que éste admitiera la conducción burguesa de Perón, lo que incluye sectores de izquierda que admitían alianzas con corrientes peronistas de izquierdas y aún corrientes peronistas de izquierda que se planteaban cambiar la hegemonía burguesa por otra obrera en el seno del peronismo*” (2008:174). Este concepto nos permite visualizar el cambio que se produce en las relaciones sindicales con la caída de Perón y en el marco de una dictadura. Por eso hemos de destacar que clasismo sindical implica la horizontalidad y la democracia, la participación y relación directa con las bases. Entendemos que esto sucede al derrocamiento de Perón pero al poco tiempo regresan las estructuras sindicales verticalistas; con claras excepciones como el Sindicato Luz y Fuerza de Córdoba.

Este nuevo sindicalismo se basa en una diferencia metodológica respecto del anterior, es decir, la ejecución de asambleas. Dichas asambleas implican la participación de las bases permitiendo que los trabajadores se identifiquen con su realidad fabril. Esta corriente sindical retoma el protagonismo de los obreros individualizándolos; como contracara, la burocracia sindical los enmarca dentro del gran colectivo “peronismo”.

La etapa peronista ha marcado un antes y un después en el sindicalismo. La Ley de Asociaciones Profesionales provoca la unión de las ramas obreras y a su vez conlleva una verticalidad que promueve, entre otras cosas, la intervención de las distintas regionales. Entendemos que el verticalismo que propaga Perón se encuentra tanto en el partido como el sindicalismo que construye y llegará a ser casi una política de Estado en los momentos de crisis. La burocracia sindical irá ocupando los cargos que antes fueran de los representantes de los obreros. El manejo sindical que se viera en la década peronista, durante la cual los líderes habían sido elegidos “a dedo” y no por el voto de sus representados llevó a la conformación de una burocracia particular. Dichos burócratas pueden mantener su poder efímero si responden obedeciendo al gobierno, ya que son sostenidos por ellos. Al distanciarse las necesidades de las bases de la postura de la dirigencia se acrecienta la disconformidad con los representados. La década peronista fomenta la unidad obrera encolumnada detrás de un líder externo, es decir, su unidad se encuentra fuera de ella, con el derrocamiento del gobierno, el sindicalismo se convierte en el centro de su unidad política.

Golpe de Estado I

La cúpula sindical no defiende ni lucha frente a la embestida que sufre el gobierno de Perón en septiembre 1955. Se produce de esta manera un choque entre la dirigencia y sus bases, dado que los obreros recorren las sedes de la CGT en busca de armas para batallar contra el levantamiento militar que comenzara bombardeando la Plaza de Mayo en junio del mismo año. La clase obrera cordobesa, mantiene intacta su fidelidad respecto a Perón. *“En Córdoba, narra José María Obregón (Secretario General de la Carne), en una reunión de la CGT Regional se decidió realizar un paro general y proceder a desmontar las piezas vitales de las máquinas de distintas industrias para paralizar la producción, y organizar grupos integrados por 10 obreros cada uno, a los que se les prometió proporcionarles armas”*. (Ferrero, 2006:118). Este distanciamiento respecto de la postura que tienen los obreros de la de sus dirigentes es la cara de la otra moneda que demuestra el Golpe de Estado. *“La CGT no se movió. Desde el 16 de junio, los militantes peronistas de los sindicatos, decepcionados por el acento que se venía poniendo en la productividad, eran reticentes a dejarse utilizar y a arriesgar su posición política”* (Rouquié, 1998:120). Esta “reticencia” se debe a que el aumento de la productividad que propuso el Peronismo como parte de su segundo plan quinquenal no se basó en la incorporación de maquinaria más moderna sino en la exigencia de un mayor rendimiento por parte de los obreros. Lo cual generó el rechazo incluso de los pasivos sindicalistas.

Entendemos que esta actitud (o falta de actitud) por parte de los dirigentes trastoca la identidad peronista, pues la respuesta y la defensa queda en mano de las bases que exigen a sus representantes las armas necesarias para luchar. Recordemos que en el marco de esta dictadura todo lo relativo a Perón o a su movimiento es encarcelado, fusilado o reprimido. Los sindicatos como columna vertebral fueron los primeros en pagar las consecuencias y *“(…) diversos gremios quedaron como botín de guerra para toda clase de sindicalistas sin seguidores, sobrevivientes de la década pre-peronista: socialistas, comunistas, radicales, anarquistas y hasta algunos pocos demócratas liberales”* (Ferrero, 2009:119). Estos tomaron por la fuerza distintos sindicatos, con el apoyo y el aval del sector militar.

Los cambios en la producción durante los gobiernos de Perón han dejado secuelas importantes. Los obreros han crecido a la par de las fábricas y de la industrialización. Según el texto de Juan Carlos Torre, *Los sindicatos en el gobierno 1973 – 1976*, la Argentina cuenta

para el año 1955 con una segunda generación urbana, obreros que son hijos de obreros, no de campesinos y por ende han crecido dentro de una cultura obrera. Sostiene el autor que nos encontramos frente a una clase obrera madura, tanto en el sentido demográfico como en el sentido político. Y, por lo tanto, destaca “(...) *que los trabajadores hayan logrado un alto grado de incorporación a la comunidad política nacional*” (1983:11), dado que han obtenido derechos civiles, sociales y políticos.

El gobierno del General Lonardi intentó abrir el diálogo con los sindicalistas y les informó que la Central “(...) *no sería disuelta ni intervenida, que sus bienes no serían confiscados y que se respetarían todas las conquistas sociales obtenidas en los últimos doce años*” (Rouquié; 1998:125). A pocas semanas sufre un golpe interno y será reemplazado por el General Aramburu. Una de las primeras medidas del nuevo gobierno de facto es la intervención de la Confederación General del Trabajo. El interventor de la CGT Cordobesa será el Comandante de Aeronáutica Jorge Suárez, a nivel nacional será el Capitán Patrón Laplacette. Recordemos la concepción de los sindicatos de la época que nos brinda Ferrero “(...) *los sindicatos cordobeses, al igual que los del resto del país, se convirtieron en máquinas burocráticas, totalmente subordinadas al Estado inertes y conservadoras. Sus trayectorias pertenecen más a la historia de la administración pública que a la del movimiento obrero*” (2009:117) Sostenemos que los obreros se desprenden de una parte de esta burocracia sedentaria, constituyendo una pieza fundamental en el estallido social de 1969.

Córdoba se desenvuelve de una manera diferente y llamativa respecto a la intervención, “(...) *le proponen a Suárez una comisión de asesoramiento*” (Licht, 2009:67). En dicha comisión se destaca Atilio López, representante de la UTA cuyo pasado radical favorece su aceptación. Así la CGT cordobesa es recuperada y queda en mano de los obreros. A través del congreso normalizador de 1957 se designa una comisión directiva y su secretario general será Atilio López. Los sindicalistas cordobeses logran, a diferencia del resto del país, mantener la Central sin interventores militares.

Clasismo Sindical

El sindicalismo se encuentra frente a una situación desconocida, ya que debe resolver problemas políticos que antes se relegaban al partido. El cambio implica la imposibilidad de

seguir manteniéndose dentro del aspecto puramente administrativo, esto es, abandonar su lugar de burócratas sindicales. Pues ahora es dentro del sindicato el único espacio en el cual los obreros pueden expresar su postura política, su peronismo. Como hemos comentado, los trabajadores de 1945 encontraron en Perón, en el 17 de octubre, la expresión de su unidad como actor político; sin embargo bajo el nuevo contexto dicha unidad se ve trastocada, dando lugar al nacimiento de una unidad basada en lazos horizontales. Es decir, su unidad se encontraba fuera de ellos, en un líder externo y en esta situación política resurge en el interior del movimiento obrero.

Otra de las contradicciones que sufre el peronismo y los sindicatos en general (y razón por la cual surge esta nueva variante de sindicalismo) es la posición del Estado, este se ha convertido en el enemigo. “(...) *la preponderancia del aspecto político represivo posibilita una rápida visualización del Estado por parte de la clase obrera como el instrumento directo de la opresión, las luchas de la clase trabajadora se desarrollan entonces basadas en la motivación principal del retorno de Perón*” (Carri, 1967:73). La politización de los obreros se observa en el cambio de las razones de los paros, durante el peronismo se cernían a cuestiones salariales; con el exilio de Perón las huelgas se tiñen de un tinte político que excede la suba de los sueldos. Se suma a las demandas habituales, *el retorno de Perón*. Estos dirigentes se van formando dentro de la lucha contra la dictadura. Las huelgas se convierten en el arma con la cual cuentan los sindicatos, no sólo para un reclamo económico, sino también para un reclamo político desde la clase trabajadora. En palabras de Ricardo Sidicaro, lo que sucede es que “(...) *de un sindicalismo dependiente del Estado se pasó a otro orientado a la confrontación, y la nueva generación de dirigentes gremiales logró su reconocimiento a partir del entrelazamiento de los conflictos políticos con las reivindicaciones laborales*” (2010:104). La situación permitirá el surgimiento de nuevos líderes sindicales durante el gobierno militar, como es el caso de Agustín Tosco.

El ex presidente hubo incitado un verticalismo que imposibilitó el surgimiento de dirigentes capaces de reaccionar alejándose del lugar de subordinados y esta actitud pagó un alto costo político al propiciarse el Golpe de Estado. Nace una nueva camada de dirigentes cuya relación con las bases es lo que marca la diferencia, en tanto corte con el pasado. Se ven favorecidos por la represión y detención de los viejos dirigentes peronistas que deja un espacio vacío. Por otra parte, logran prestigio y respeto entre sus compañeros al liderar huelgas que son declaradas ilegales (todas las huelgas lo son). Dicha postura implica encontrar una representación legítima de sus intereses que no se encuentra en el exilio. La

Revolución Libertadora o Fusiladora, trajo consigo “(...) *una total renovación de los cuadros dirigentes sindicales y el establecimiento de una estrecha y continuada comunicación entre dirigentes y bases obreras que permite radicalizar políticamente al movimiento peronista*”. (Carri, 1967:85)

No entendemos que la creación de esta nueva camada se adjudique a un factor único como el nuevo marco dictatorial. Es interesante retomar los últimos tiempos del peronismo y su relación con la CGT y los sindicatos. Louise Doyon entiende que el punto máximo alcanzado por la sindicalización se encuentra en el año 50, por lo tanto no es sencillo mantener las relaciones directas entre las bases y los dirigentes debido al crecimiento de los afiliados. Así, sólo es posible ejercer una democracia delegativa y no participativa. La herencia peronista sindical posee dos objetivos, “(...) *aumentar la influencia del gobierno sobre los sindicatos y reducir los canales para la rendición de cuentas de los dirigentes frente a los trabajadores afiliados*” (Doyon; 2006:369). Lo que sucedió en las postrimerías del gobierno de Perón fue el aumento de la distancia de las relaciones directas entre bases y dirigencia. Recordemos que el único nivel de reconocimiento de las bases se halla en los delegados de una fábrica; que incluso en los últimos años del peronismo llegan a conseguir mejores salarios que la cúpula sindical. Pero en los estratos superiores de la burocracia no encuentran representación, lo cual puede ser causa o consecuencia de la baja en la frecuencia de las reuniones sindicales y en la cantidad de afiliados que las presencian. La participación disminuye entre los años 50-52 y vuelve a repuntar en el período 53-54.

Por otra parte, del sindicalismo peronista se recibe una estructura verticalista afín a la intervención autoritaria en los gremios cuando estos no acatan los dictados de la CGT. Situación que no se observa en la época pre peronista ya que la CGT no comienza con las intervenciones hasta 1946. El punto más importante es la falta de representación que se hereda, ya que los cargos en las direcciones de los sindicatos se reservan sólo para burócratas elegidos por el gobierno y no para representantes elegidos por los trabajadores.

El caso particular de Luz y Fuerza merece un llamado a parte. La fortaleza de este sindicato radica en su posición estratégica que permite que paralice toda la actividad industrial si deciden “cortar la luz”, como sucediera en el Cordobazo. Así mismo cuenta con un nivel de afiliación alto y al ser un sindicato relativamente pequeño conserva una unión interesante que se despliega en su combatividad. Este es uno de los sindicatos que pierde el peronismo luego del Golpe de Estado de 1955. Dirigentes como Tosco y su comisión

directiva lograban el reconocimiento y la lealtad de sus pares dado que decidieron (entre otras medidas) no renunciar a sus empleos. Por lo tanto, cualquier duda o inconveniente que tuviera un obrero bastaba con buscar a su delegado en el lugar de trabajo para solucionarlo. Dicha situación posiciona a la dirigencia en un nivel obrero- horizontal basado en el compañerismo y la cotidianidad.

Lo que observamos en Córdoba es el quiebre de todo rasgo de verticalismo, ya sea a nivel partidario o a nivel sindical, pues los peronistas buscan mantener su autonomía cordobesa. En cuanto al sindicalismo, como no cuentan con el apoyo de Buenos Aires se hace necesario para cada sindicato buscar un sostén entre sus co-provincianos. Esta nueva dirigencia, ejemplificada en el independiente (del peronismo) sindicato de Luz y Fuerza, asume que su poder radica en la relación directa con las bases; mantiene una autonomía respecto de las decisiones de Buenos Aires y socializa todas sus decisiones. Retomando así una postura de democracia participativa y no delegativa que sí sostendrá el peronismo dentro de los sindicatos que dirija.

Los porteños buscarán deshacer las buenas relaciones entre los sectores cordobeses para retornar a una estructura verticalista cuyas órdenes deben ser acatadas. Así buscará la fuerza en la unidad y la obediencia. Serán intentos fallidos de desacreditar a los independientes que implotan primero con el Cordobazo y luego en el Viborazo.

Congreso Normalizador de la CGT de 1957

El congreso normalizador de la CGT a nivel nacional es convocado en agosto de 1957 por Laplacette. Nacerán de aquí los nucleamientos sindicales conocidos como las 62 *Organizaciones* que representarán el peronismo sindical, los 32 *gremios democráticos* que abarcan a los sectores antiperonistas y los 19 *gremios* que serán integrados por independientes y comunistas. “*A diferencia de lo ocurrido a nivel nacional donde la CGT no pudo normalizarse, en Córdoba se constituyó una Delegación regional de CGT en 1957 que cumplió la función de aglutinar y representar a las distintas organizaciones de la provincia*”. (Brennan y Gordillo, 2008:34) Este hecho marcará el destino autónomo del sindicalismo cordobés. No dependerá de directivas a nivel nacional, pues esta no existe.

La delegación cordobesa, junto a otras y a las 62 Organizaciones Peronistas firmarán el “Programa de La Falda” de tintes socialistas que hará hincapié en la expropiación de la

tierra, el cooperativismo agrario, el control obrero de la producción, la nacionalización de los monopolios extranjeros y la distribución de la riqueza, entre otros puntos. Esto significa que dicho sector del sindicalismo, que encabezará Agustín Tosco, ya no sólo protesta contra el congelamiento de los salarios que encuadra con los pedidos de la burocracia sindical. Sino que expondrá su posición respecto a las políticas públicas que ejecuta o debiera ejecutar el gobierno; dando así el marco general y la objetivación del clasismo sindical.

Los trabajadores cordobeses se encuentran divididos en tres posturas. *“Un sector peronista que seguiría los lineamientos verticalistas implantados por Perón; otro, formalmente dentro del movimiento peronista pero en la práctica mucho más independiente, y una corriente explícitamente no peronista”* (Brennan y Gordillo, 2008:41). Una diferenciación que permite comprender el fenómeno es la división que se produce dentro de la corriente peronista sindical que se separa en auténticos u ortodoxos y legalistas. Este segundo grupo, “legalistas”, parte de una visión que se basa en la negociación, la conciliación de las partes y se encuentran alineados con Vandor y la burocracia sindical. El primero, se entiende como el “sindicalismo ortodoxo”, son mucho más combativos, no están dispuestos a negociar y acatar órdenes directas de Perón. Esta fractura a nivel nacional no se observa imitada a nivel provincial, por lo tanto vemos una nueva demostración de independencia.

Podemos citar el caso de la UOM Cordobesa, comandada por Alejo Simó que no permite la sumisión de Córdoba respecto de Buenos Aires, por tanto de Vandor, y pretende mantener rasgos de independencia regional. Los metalúrgicos vandoristas a nivel nacional son considerados como legalistas conciliadores. Simó entiende que las prácticas negociadoras que propaga Buenos Aires no son útiles para la lucha cordobesa. Por lo tanto a nivel nacional la UOM es legalista pero a nivel provincial se declaran ortodoxos o auténticos, fieles a Perón y funcionan como un contrapeso del vandorismo. Este sector se encuentra rodeado de dirigentes nacionalistas y favorables a corrientes clericales, siendo mucho más cerrados que los legalistas. El caso de SMATA es similar ya que la conducción cordobesa no respeta la postura ni las decisiones nacionales, pues se identifica con la corriente vandorista.

Dentro de la corriente legalista encontramos en Córdoba a los sindicatos combativos como la Unión de Tranviarios Automotor (UTA) cuyo dirigente de referencia es Atilio López; este sector también intenta delimitar su independencia y no promulgan la negociación en la provincia. Por tanto su postura legalista no implica la sumisión vandorista, sino un legalismo más moderado, democrático y propenso a la alianza. Se colocan de esta manera ambas

corrientes frente al eje burocrático. Los legalistas cuentan con gremios que carecen de fuerza estratégica, por lo tanto desde Buenos Aires no reciben ayuda alguna. Los dirigentes cordobeses comprenden que acatar órdenes de Buenos Aires no solucionará sus problemas. Por lo tanto, la necesidad de mantenerse autónomos los lleva a unir las distintas corrientes dentro de la provincia formando un bloque, sin respetar las posturas ejecutadas a nivel nacional.

Cuando hablamos de independencia cordobesa nos referimos a esta característica por la cual las centrales provinciales no se encolumnan tras la postura de sus centrales nacionales y motivo por el que quedan aislados de Buenos Aires.

La influencia del sector independiente de lidera Agustín Tosco es interesante respecto de la autonomía cordobesa. Quizás pueda comprenderse esta situación desde la diferencia que observamos entre Federaciones y Gremios. Las primeras (como Luz y Fuerza) controlan el dinero de los fondos y organizan sus propias elecciones a nivel regional o provincial, lo que permite una mayor transparencia y el apoyo explícito de las bases con su voto. En cambio, los segundos (la UOM y el SMATA) deben ceder los fondos a sus representantes nacionales; de manera que estos sindicatos se encuentran atrapados en un verticalismo que no permite el manejo de sus ingresos. Esta situación conlleva el poder de la presión a la obediencia por parte de aquellos que manejan las centrales nacionales.

Se convoca a elecciones en febrero de 1958 en las cuales el Dr. Arturo Frondizi, representante de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), asume la Presidencia. El desarrollismo económico que propone el candidato no se opone a la idea de un sindicato fuerte, sin embargo necesita de sindicalistas que sólo protesten por el reclamo salarial y no político. El gobernador elegido por los cordobeses será Arturo Zanichelli, el mismo que fuera el Director del Departamento de Trabajo durante la gestión de Amadeo Sabattini, su pasado se verá reflejado durante su mandato.

El peronismo continúa imposibilitado de presentarse, por tanto, Perón y Frondizi han realizado un acuerdo gracias al cual los radicales obtuvieron los votos de los peronistas. Dicho gobierno legalizará, como parte de pago a los sindicatos a través de la Ley 14.455 de Asociaciones Profesionales que es similar a la que propagara el peronismo. Dicha ley implicó *“(...) la creación de aparatos sindicales muy fuertes, de alcance nacional y con abundantes recursos económicos.”* (Sidicaro, 2002:104). La legalización de los sindicatos permitió

nuevas elecciones. Dentro de la UOM el cargo de Secretario General a nivel nacional será tomado por Augusto Timoteo Vandor, el Lobo, de 32 años.

La nueva ley impacta de lleno en la provincia. El gobernador Zanichelli solicita al gobierno nacional el levantamiento del Estado de Sitio, la libertad de los sindicalistas detenidos y el fin de las intervenciones en los gremios; a través de una resolución que aprueba la legislatura cordobesa. Es necesario tomar en cuenta que Zanichelli y Atilio López, Secretario de la CGT, comparten una amistad que permite al sindicalismo contar con un acceso importante a los dirigentes políticos. Es cierto que “(...) *los conflictos gremiales existieron (...), muchos de ellos fueron motivados por una política económica nacional y no por agravios de las autoridades*” (Ferrero, 2009:125) regionales.

El gobernador interviene en las huelgas importantes que se dan bajo su administración favoreciendo al sector obrero. Obviamente las buenas relaciones tienen un costo político, en abril del año siguiente el gobernador presenta su renuncia. Y al poco tiempo, el 10 de junio la provincia se vio intervenida por el gobierno nacional, basado en el Informe Conintes. En el mismo se explicaba que Zanichelli y sus allegados “(...) *actuaron junto a los delincuentes terroristas y con los peronistas subversivos y mantuvieron entrevistas secretas con sus cabecillas*” (Ferrero; 2009:127).

Congreso Normalizador de la CGT de 1963

A comienzos de los años 60, la situación dentro de los sectores sindicales se encuentra con el problema que atravesara toda su historia: la politización de los gremios. La contradicción que enmarca las relaciones entre Estado y Sindicato puede comprenderse si se entiende la urgencia del reclamo salarial y la urgencia en la participación política. Deben elegir entre “(...) *ser objetivamente antiimperialista y por lo tanto la vanguardia circunstancial de las mayorías populares (...), y por otro lado, enfrentarse a la necesidad del acuerdo para tener éxito en las negociaciones exclusivamente gremiales*”. (Carri 1967:92) Una de las diferencias que presenta esta década es que se deja a un costado el lema que caracterizó las protestas frente a la dictadura de 1955 “el regreso de Perón”. Económicamente el sector de las industrias dinámicas se ve favorecido y entiende que el desarrollismo lo beneficia. Por lo tanto, necesita mantenerse en contacto con el Estado. Sin embargo, en términos políticos seguían siendo peronistas.

Luego de otro golpe de Estado, se realiza un nuevo Congreso Normalizador de la CGT. El derrocamiento de Frondizi, a cuatro años de comenzado su mandato, se vio influido por el triunfo del sindicalista peronista Andrés Framini en la provincia de Buenos Aires. Los militares confiaban en que en las elecciones no podría resultar ganador el peronismo y mucho menos con un candidato que surgiera del sindicalismo. Azotados por semejante revés entienden necesario acabar con los gobiernos democráticos para evitar gobernantes peronistas. En el caso de Córdoba, las elecciones habían sido ganadas por el Radicalismo (Illia – Paez Molina). Sin embargo, su CGT local apoya el paro que organizan las 62 Organizaciones para defender los resultados del escrutinio; reafirmando su compromiso con la política y con la democracia.

Es destacable, en este período, el programa de Huerta Grande cuyos puntos son similares al Programa de La Falda de 1957, que surge de la unión de los dos sectores peronistas al crear las “62 Organizaciones Cordobesas”.

Tras el pequeño interregno del gobierno del Dr. Guido, vuelve a llamarse a elecciones democráticas en la República Argentina. El peronismo continúa proscripto, por lo tanto, Perón convoca a sus partidarios a votar en blanco. El sufragio dará en julio de 1963 el mando al Dr. Arturo Illia, candidato de la Unión Cívica Radical del Pueblo (UCRP).

En el mes enero de ese mismo año se elige la nueva dirigencia de la CGT en reemplazo de la “Comisión Provisoria de los 20” (contaba con 10 sindicatos peronistas y 10 independientes); que había comenzado dos años antes (con Frondizi) tratando de normalizar la CGT al recibir las instalaciones de la misma. José Alonso (parte de las 62 Organizaciones), representante de la Federación Nacional de la Industria del Vestido (FONIVA), es elegido como el Secretario General. Se propone un plan de lucha que retoma el aspecto político y cuyos ejes son dar fin a la proscripción y proclamar elecciones libres.

Durante esta época la CGT Córdoba es comandada por Elpidio Torres, representando al peronismo legalista. A nivel nacional la CGT impone la normalización de todas las regionales, no obstante las distancias entre legalistas y ortodoxos no permiten que se normalice la Regional Córdoba Capital. En noviembre de 1963 la CGT central interviene la CGT Regional Córdoba. El objetivo es retornar a la política verticalista e intervencionista. El sector de Agustín Tosco y los independientes se ven atacados por una campaña a manos de Vador que busca desacreditarlos. El grupo decidirá alejarse de las directivas nacionales. La intervención busca ponderar a una dirigencia plenamente peronista y ortodoxa, declarando a

Alejo Simó como delegado regional. Sin embargo no logran quebrar los lazos creados, y los independientes continúan participando de la CGT Córdoba.

La investida continúa y en “(...) enero de 1964 la CGT nacional decidió el envío a Córdoba de interventores para que, luego de solucionar las discrepancias, se encargaran de la convocatoria al plenario normalizador” (Brennan y Gordillo, 2008:47). Los peronistas ortodoxos o auténticos pretenden mantener alejados a los independientes, mientras que los legalistas respetan su postura. Es este sector legalista (no vandorista) quien determina para qué extremo se inclinará la balanza. Hecho que radica en su postura contraria al verticalismo, en la importancia que brindan a las bases obreras y a la democracia participativa. Los ortodoxos son más propensos a la concepción verticalista-intervencionista y se ven influidos por las direcciones que imparte Perón. Los legalistas cordobeses entienden que peronismo implica democracia y participación de las bases, dado que desde ese lugar pueden dar cuenta de su poder político.

En febrero del mismo año se normaliza la CGT por la intervención de Framini y Vandor quedando en manos de las “62 organizaciones”, con Alejo Simó como delegado regional. Esto les aseguró la posibilidad de mantener un verticalismo que lograba una postura nacional del movimiento obrero en cuanto a su despliegue y con ello era posible presionar al gobierno de turno ya que no se “paraba” un sector o una región, si no que las huelgas se acataban a nivel nacional. Se ejecuta la segunda parte del Plan de Lucha, con la ocupación de once mil fábricas.

Frente a esta situación el gobierno tiene dos opciones, o se abre una franca represión o aguardan expectantes. Las respuestas de los sectores patronales afectados por dichas tomas se vieron influida por el temor que causa el temporario “adueñamiento” de la propiedad privada. En una época en la cual la izquierda estaba renaciendo, en un marco internacional que rugía desde la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviética, pasando por la República Popular de China y aún más cercana la Revolución Cubana y el aroma guevarista; brindaban a las corporaciones y a la burguesía la excusa perfecta para exigir la dura mano militar. La toma de las fábricas por parte de los obreros trae terribles consecuencias para los sectores acomodados del país. Le ofrece al trabajador el conocimiento y reconocimiento de su rol y su fuerza en la unión. Tiemblan preocupados por el acceso que pudieran tener los obreros a sus registros contables o libros comerciales, de forma tal que los mismos podían observar las siderales ganancias reales de las empresas. Por sobre todo, detestan la idea de que los obreros puedan

pensar en llevar a cabo la socialización de los medios de producción. Es ese “adueñamiento temporario” que obligará a la patronal a apoyar cualquier golpe de estado que les asegure mantener sus ganancias y sus propiedades.

Golpe de Estado II

Podemos entender el poder del sindicalismo siguiendo a Juan Carlos Torre, ya que comprende que existen dos determinantes estructurales que lo posibilitan. A saber, el país cuenta con un mercado laboral estable, equilibrado y por otro parte, gracias al peronismo existe una unión y cohesión en términos políticos entre los obreros. Es precisamente el sindicalismo que Perón pretendía forjar el que intenta darle la espalda. Vandor posee una sola de las características del Clasismo Sindical, el apoyo incondicional de sus bases que lo eligen y reeligen como dirigente. Esta es la única diferencia de la nueva dirigencia peronista respecto del sindicalismo anterior. El Lobo no promueve la participación, ni en asambleas ni en discusiones; sin embargo es avalado por los obreros metalúrgicos. Dicha condición le permite disputar el poder de la conducción del peronismo; movimiento que al estar proscrito sólo puede mantenerse dentro de las agrupaciones sindicales.

Las 62 Organizaciones se dividen, sin embargo esta división no ha dejado huellas en el sindicalismo, nos interesa por la reacción que observamos en Córdoba. La CGT a nivel nacional se encuentra quebrada mientras que a nivel regional su posición es sólida. En cuanto a las 62 Organizaciones cordobesas, estas sí se separan ya que se encuentran atravesadas por las posturas legalistas y ortodoxas.

El 28 de junio de 1966, la cúpula militar derroca al Presidente Illia. Asume el poder el General Juan Carlos Onganía. *“En la asunción golpista estarán presentes los dirigentes sindicales Vandor y Alonso, especialmente invitados (...)”* (Vazeilles, 2000:257). Las declaraciones de los sindicalistas de la CGT eran similares y favorables al golpe. *“Deseamos que este gobierno nos interprete y nos comprenda; tenemos ansias de colaborar”, declaró Francisco Prado, al frente de la CGT. “Se abre una nueva esperanza”, Agregó José Alonso. “Nosotros estamos con el reencuentro nacional”, remata Vandor”.* (Bosoer y Senén González, 2009a: 158) Entendemos que la presencia es un aval explícito a la dictadura, pero es notable el apoyo desde lo discursivo pues no hacen mención a “gobierno de facto” o “dictatorial”.

Comenzará una nueva época de censura, de persecución y se teje un cambio en la estructura económica y la distribución de la riqueza. El contexto dictatorial promueve nuevas explosiones obreras y estudiantiles. El espacio universitario es violado en Buenos Aires y nace “la noche de los bastones largos” durante el mes de julio de 1966, lo cual produce diferentes protestas en respuesta a la intervención de la policía en las facultades. Un mes después, en Córdoba asesinan al estudiante Santiago Pampillón que se encontraba en una manifestación. Comienza a forjarse en la provincia una unión obrero – estudiantil y los sindicatos abren sus puertas a las reuniones universitarias. Incluso brindan sus locales “(...) *para el dictado de clases ante el cierre de las Facultades realizado por la intervención a la Universidad*”. (Ferrero, 2009:149)

CGT de los Argentinos o la Cristalización del Clasismo Sindical

Tras un año de dictadura, la economía argentina continúa en debacle y se devalúa la moneda de la mano de Krieger Vasena. Se produce un congelamiento de los salarios y las paritarias son prohibidas. Luego de los paros masivos, Vandor y su CGT proponen el diálogo con el gobierno, mientras el arco de los restantes sindicalistas se opone. Se suma otra huelga en febrero de 1967 y frente a la actitud del gobierno de facto (quitarle la personería a la UOM), la CGT comienza a alejarse y declara nuevos planes de lucha en su contra.

En marzo de 1968, en elecciones democráticas del Congreso Normalizador de la CGT “Amado Olmos”, gana el sector opositor al vandorismo cuyo secretario general será Raimundo Ongaro, delegado del gremio de los gráficos. Quien expresa “*al gobierno le decimos que el pueblo no lo quiere y que sus días están contados*” (Senén González y Bosoer, 2009a:183). La minoría que ha perdido la elección decide retirarse y declarar ilegal la votación. El sector de Vandor y Alonso (ahora unidos), mantendrá el edificio en la calle Azopardo, además del dinero y las cuentas bancarias sindicales. Los delegados ganadores tomarán como sede la que pertenecía a la Federación Gráfica Bonaerense y se autodenominarán la CGT de los Argentinos. Encuadran dentro de ella toda la izquierda y el peronismo de izquierda llevando impreso su carácter combativo respecto del Onganiato como de las decisiones enviadas desde la capital del país. Cuentan, por otra parte, con un fuerte apoyo en el interior sobre todo en Córdoba y en Luz y Fuerza. Desde aquí observamos la estructuración del clasismo sindical y la repercusión en las bases que lo sostienen. La respuesta a la falta de poder que propone la burocracia sindical nos remite a los sindicatos paralelos que apoyara

Perón en el ascenso de su carrera política. También es claro que el eje clasista se encuentra en Córdoba mucho más unido y fuerte que en el resto del país. El verticalismo, la intervención y la obediencia despojaron a la burocracia de armas legales y eficaces para lograr que las bases los acompañen. La práctica de una democracia restrictiva a la cual se habían acostumbrado no era válida para disputar conquistas a una dictadura.

El gobierno dará el visto bueno a la actitud tomada por los “dialoguistas”, participacionistas o colaboracionistas, es decir, el vandorismo. Perón comenzará a acercarse a Ongaro enviándole cartas que lo felicitan por la creación de la nueva CGT. Desde la postura de James Brennan la corriente antiburocrática peronista y los independientes son quienes se unirán en el CGT de los Argentinos.

La CGTA celebra el día del Trabajador con un acto importante, allí proclaman el Programa del 1º de Mayo, de la mano de Ongaro y Tosco, que sigue el lineamiento del que se expusiera en La Falda y en La Huerta. En su discurso, Ongaro hará referencia a un “gobierno elegido por nadie”. Como se esperaba, no se presentarán a la convocatoria ni la UOM ni el SMATA. Agustín Tosco explicita su postura al criticar a la conducción nacional de Luz y Fuerza por no reconocer a la CGT de los Argentinos y por apoyar al “gobierno que oprime al país”. Entendemos que el clasismo sindical no sólo contextualiza las reivindicaciones obreras, sino también la lucha democrática desde lo discursivo en tanto ciudadanos. Esta postura se objetiviza en el Cordobazo, ya que sólo es posible semejante movilización cuando el reclamo excede las cuestiones salariales. La burocracia sindical con su postura no hubiese logrado el apoyo de dicha convocatoria ya que no posee una visión pluralista que albergue diferentes opiniones dentro de su seno. El verticalismo deja sus huellas y su sectarismo al negarle participación a aquellos que no sostienen una clara visión peronista, y esto es, una lógica verticalista.

La semana siguiente, “(...) un *plenario cegetista incorporó la Regional CGTA, a la que luego se sumaron la UOM y otros gremios orientados por Simó*”. (Ferrero, 2009:153), así acaban alineándose los sectores ortodoxos y la izquierda independiente. En tanto que el sector legalista de Elpidio Torres se mantuvo bajo las órdenes de Vandor y organizaron la CGT Azopardo Cordobesa. La CGTA llevará a cabo un plan de acción que motiva incluso a las bases del SMATA que pugnarán una unión con este sector y que se observa claramente en el Cordobazo. Son estos obreros los que obligan a Torres a alejarse del verticalismo porteño para unirse al pluralismo del sindicalismo clasista.

Luego del distanciamiento con Perón, a comienzos de 1969, el Lobo y el ex presidente se reconcilian. “(...) *el rebelde Vandor fue a pedirle a Perón, prometiéndole dejar de alinearse tras el gobierno de Onganía, para hacerlo de nuevo bajo su conducción, contra el precio de que este último le indicara a Ongaro que “volviera” a la CGT Azopardo (cuando en verdad, esta última es la que se había ido del Congreso Amado Olmos donde sus sindicatos habían perdido la mayoría)*” (Vazeilles, 2006:118). Perón es consciente de la amenaza que significa perder el control de la CGT y cede en sus reproches mientras Vandor olvida el “peronismo sin Perón”. El General desde el exilio pretende un sindicalismo fuerte y unido, siempre y cuando sea obediente. Por lo tanto, ordenará a Ongaro la disolución de la CGT de los Argentinos. La cual poco a poco iba perdiendo impulso y apoyo, sobre todo por parte del cordón de Buenos Aires. No obstante mantiene el bastión cordobés. En mayo Ongaro llega a la provincia en vistas del Cordobazo y es arrestado.

Se produce el estallido social que parte de diferentes reclamos que se aúnan frente a un enemigo en común. Basado en un alto nivel de coordinación, organización y participación de los sindicatos y los estudiantes. La muerte de Máximo Mena, el 29 de mayo, desencadena una furia contenida que acaba con la toma de la ciudad. Las consecuencias del Cordobazo abarcan desde la renuncia del dictador nacional y el gobernador provincial hasta el fortalecimiento del movimiento obrero en cuanto tal y en su relación con el estudiantado. Siendo esta unión otra de las características del clasismo sindical. Crecen los partidos políticos de la nueva izquierda y surgen las agrupaciones armadas que creyeron ver el comienzo de la revolución.

Entendemos que el clasismo sindical logra tamaña movilización dado que siempre avaló su poder en las bases y nace de la representación que los trabajadores encuentran en el compañerismo. De esta manera, se quiebra con el sistema burocrático gremial y la digitación a dedo que imponía el peronismo verticalista. La sumisión y obediencia que se observa dentro del peronismo es coartada por la dictadura de Aramburu; lo cual no significa que éste haya sido su objetivo principal sino que deseaban deshacer las fortalezas peronistas sin tomar en cuenta que implicaban la subordinación y el verticalismo que no permitía la neta expresión de las bases. Quebrando la estructura peronista sindical y persiguiendo a los líderes burócratas acabaron favoreciendo el surgimiento del clasismo sindical.

Conclusión

Con la llegada del Golpe de Estado contra Perón, comienza a resquebrajarse la burocracia sindical dando lugar al surgimiento de nuevos dirigentes. Serán estos quienes puedan jactarse de poseer el aval de sus bases. El proceso de recambio sindical se produjo de manera matizada ya que ni todos aquellos viejos burócratas terminaron dentro del ala derecha (como es el caso de Framini), ni todos los nuevos gremialistas surgidos después del golpe se posicionaron en un lugar progresista (como ha sido el ejemplo de Vandor).

El contexto represivo no sólo favorece a los nuevos sindicalistas, sino que ayuda a la politización de los obreros y a una identificación entre sindicalismo y peronismo, ya que sólo es posible expresar su postura política dentro de los gremios. Hemos comentado que las huelgas que comienzan luego de la revolución libertadora llevan la consigna clara del retorno de Perón. Se politizan las luchas y los dirigentes comienzan a sostener demandas que exigen más que el aumento de salarios. Aramburu y sus secuaces fomentan estas actitudes al reprimirlas.

La situación privilegiada de Córdoba que logra normalizar su CGT regional incluso antes de que se normalice a nivel nacional le brinda una consolidación provincial y una autonomía sindical que posibilita entre cosas, la presentación del Programa de La Falda donde se especifican objetivos socialistas. Aquí encontramos la primera objetivación de la existencia del clasismo sindical situándolo como fenómeno cordobés. En donde nacerá, se desarrollará y se mantendrá como punta de lanza incluso cuando el resto del país se mantenga dentro de la burocracia sindical.

Llegado el gobierno de Frondizi Córdoba terminará de marcar su independencia de Buenos Aires y la nueva dirigencia cordobesa se aliara con sus pares provinciales quebrando el eje capital-interior.

La dictadura de Onganía acaba por radicalizar los extremos pues el sistema autoritario exagera la visión democrática y participativa. Las bases demandan y sus representantes responden ya sea por convicción o por imposición desde abajo. La opresión gubernamental no sólo apunta a los sectores obreros; los estudiantes y la clase media en general se ve afectada en sus derechos básicos. Y se produce el estallido social conocido como “Cordobazo” en el cual queda objetivada la concepción de clasismo sindical que implica valorar la postura de las bases y desde allí representarlas.

Bibliografía

- Brennan, James, Gordillo, Mónica. *Córdoba rebelde: el cordobazo, el clasismo y la movilización social*. 1ª Ed. La Plata. Ed. De la Campana, 2008.
- Carri, Roberto. *Sindicatos y poder en la Argentina*. 1º Ed. Editorial Sudestada, Buenos Aires, 1967
- Doyon, Louise M. *Perón y los trabajadores: los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*. 1º Ed. Buenos Aires, Ed. Siglo XXI Editora Iberoamericana, 2006.
- Ferrero, Roberto. *Del mutualismo al Cordobazo. Breve historia del Movimiento Obrero de Córdoba*. 1º Ed. Ediciones del CEPEN, Córdoba, 2009.
- Licht, Silvia. *Agustín Tosco y Susana Funes, historia de una pasión militante: acciones y resistencia del movimiento obrero (1955-1975)*. 1º Ed. Buenos Aires. Ed. Biblos, 2004.
- Rouquié, Alain. *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Tomo II. 1943-1973. 11º Edición. Ed. Emecé Editores, Buenos Aires, 1998.
- Senén González, Santiago; Bosoer, Fabián. *Breve historia del sindicalismo argentino*. Buenos Aires, Ed. El Ateneo, Julio 2009.
- Torre, Juan Carlos. *La vieja guardia sindical y Perón: Sobre los orígenes del peronismo*. 1º Ed. Buenos Aires: Universidad Nacional de Tres de Febrero, 2006.
- -----. *Los sindicatos en el gobierno 1973 – 1976*. Buenos Aires, Ed. Centro Editor de América Latina, 1983.
- Vazeilles, José Gabriel. *Historia Argentina. Etapas económicas y políticas 1850-1983*. 2ª ED., Buenos Aires, Ed. Biblos. 2000.
- -----. *El pantano argentino y el remolino latinoamericano: aspectos de la historia moderna de originarios e inmigrantes al nuevo mundo*. 1º Ed. Avellaneda. Ed. Manuel Suárez, 2008.